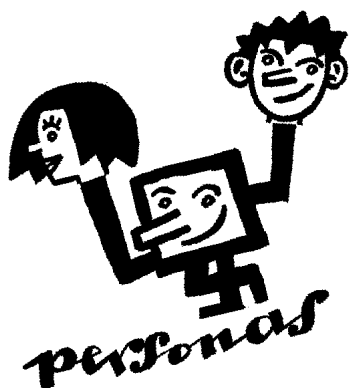


Seguí, Romà (1999). Repensar lo pensado, o replantear la realidad : Josefa E. Sabor. Métodos de Información. Personas. 6 (32-33). 18-24.

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas INIBI.
Puán 480 - 4° Piso - Of. 8 - (C1406CQJ) Buenos Aires | ARGENTINA | Tel. 5287-2892 | 5287-2893
Correo-e: inibi@filo.uba.ar | inibi.uba@gmail.com | <http://inibi.institutos.filo.uba.ar>



Repensar lo pensado, o replantear la realidad

Josefa E. Sabor

Entrevistada por
Romà Seguí y Lola Miñar ro Yanini



A modo de introducción, debemos explicar cómo se realizó esta entrevista. Dos razones nos conducen a ello: por un lado, para expresar nuestro agradecimiento a cuantas personas intervinieron de manera directa e indirecta en la consecución de esta hazaña, y por otro para constatar que nuestro mundo profesional debe rescatar y aceptar una tradición, y una experiencia, que malgastamos en nuestras huidas hacia adelante.

Cuando supimos que Josefa E. Sabor se encontraba en plenas facultades, aquí se montó un revuelo de mensajes electrónicos difícil de explicar. Ante esta noticia, cabía considerar diferentes opciones. Cruzar el charco, y presentarse allí, hubiera sido la posibilidad que, de buen seguro, nos hubiese acomodado más, dado nuestro ímpetu viajero. Pero el horno no estaba para eso. Se decidió redactar un formulario, y para ello contamos con algunos comentarios de profesionales, como fue el caso de la profesora de Bibliografía Nora Vela -la cual aplaudió la iniciativa desde un primer momento-. Sin embargo, se necesitaba una persona en Argentina que pudiese gestionar la entrega del cuestionario de manera eficaz. Nuestro "hombre en Buenos Aires" fue Roberto Servidio, quien aceptó ser nuestro interlocutor, y recibió por correo electrónico las preguntas que deseábamos formular. Él resolvió con eficiencia nuestro pedido, poniéndose en contacto con Josefa E. Sabor, y en vuestras manos se encuentra el resultado de toda esta epopeya.

Nuestro profundo agradecimiento para Roberto Servidio y Judith Cammarota de ABGRA, por su interés y buen hacer. Y, cómo no, para Josefa E. Sabor por contestar nuestras preguntas con tanta diligencia e inteligencia.

Revisando, no hace mucho, los prólogos del MANUAL DE FUENTES DE LA INFORMACIÓN he observado como se iba rehaciendo a medida que pasaban los años, y cómo en las palabras preliminares se iba reflejando la evolución de la sociedad argentina. Quizás deberíamos empezar por aquí.

Durante este siglo, tanto en Argentina como en el Estado español hemos padecido una dictadura militar que ha truncado muchos proyectos culturales, y en particular los referentes a bibliotecas. Por ejemplo, durante nuestra República, y por poner un ejemplo, María Moliner diseñó un Plan de Bibliotecas que englobaba todo tipo de centros, desde bibliotecas populares hasta escolares. Evidentemente, con la victoria de Franco, el proyecto se quedó sin realizar, y María Moliner tuvo que dejar el mundo bibliotecario. ¡¡¡Menos mal que nos dejó su magnífico Diccionario!!! ¿Pienso usted que sí que se puede hablar de un antes y un después? ¿Cómo se reflejó en el ámbito del libro y las bibliotecas?

Estimados colegas valencianos: Antes de contestar el cuestionario que tuvieron la gentileza de hacerme llegar, quiero expresarles mi gratitud por haberse recordado de mí, una mujer con muchos años que vive en una lejana ciudad demasiado austral, para hacerle algunas preguntas relacionadas con su carrera y ciertos problemas de su quehacer, y sobre las reflexiones que, corrido el tiempo, ha ido guardando en su cabeza, inevitablemente, ante éxitos y desaciertos, que de todo hay en tan largo camino.

Ante todo quiero referirme a la situación de la bibliotecología argentina en relación con los vaivenes políticos sufridos por el país. Los hechos a que se hace referencia no son fácilmente comparables, no sólo por la diferencia de dimensión y profundidad de los episodios español y argentino, sino por el hecho de que lo bibliotecario (y en general lo cultural) en el caso argentino fue mucho más dañado por la torpeza de la ideología y el accionar peronistas (1945-1955) que por los desbordes del gobierno militar (1976-1983). El problema, en esencia, está radicado, para mí, en que la gran mayoría de las bibliotecas y las escuelas de Bibliotecología están incluidas aquí en la esfera del Estado y de él dependen, sea éste federal, provincial o municipal. La actividad privada no es, por cierto, desdeñable, pero

no actúa sobre campos tan amplios, no dispone de los canales necesarios para expandir su influencia y, lo que es más importante, está más interesado en su propio mundo y sus necesidades más apremiantes que en la discusión de las ideas y los planes bibliotecológicos de alcance nacional. Y esto, en una profesión en la que tradicionalmente ha sido más urgente *hacer* que *pensar*, se ha traducido en cierta falta de intercambio de ideas y de formulación de planes a largo plazo que sobrevolasen, por decirlo así, la honesta y meritoria práctica profesional y que, de haber existido, habrían evitado dos falencias bien claras: la carencia de una teoría bibliotecaria de aplicación nacional, por una parte, y la carrera un tanto desatinada tras una práctica bibliotecaria *à la page*, es decir, tecnificada a toda costa y a cualquier precio y en la que a menudo no es fácil distinguir cuál es el medio y cuáles son los fines.

A esto se suma la falta de una conciencia bibliotecaria de los gobiernos, y lamentablemente también de educadores, bibliotecarios, profesionales del libro, intelectuales y público en general. No quiero dejar de referirme a un último factor, que quizás en esencia sea el primero: las falencias culturales de los bibliotecarios. Mucho me temo que en un futuro próximo sea una verdad la frase que Octave Uzanne atribuyó a Charles Nodier (cito de memoria): "No conozco gente más honesta que los bibliotecarios: jamás tocan el tesoro que les ha sido confiado". La desaparición de las llamadas "materias culturales" en los planes de enseñanza de no pocas escuelas de bibliotecarios de América Latina, a menudo con el fin de dejar horas libres para asignaturas tales como Computación o Internet, me preocupa cada vez más, así como también el espacio y tiempo cada vez menor que se dedica a conciliar antiguas y nuevas técnicas en el campo de la información, y sobre todo para pensar y repensar cuál es nuestra verdadera fisonomía profesional en el mundo actual. Quizás mi vieja condición de bibliotecaria en el campo de las humanidades me haga particularmente sensible a ciertas carencias.

Algo más quiero decir volviendo a las diferencias que advierto entre la problemática española y la argentina. España tiene, sin disputa, una tradición bibliográfica y bibliotecaria mucho

más rica que la Argentina, y no sólo por razones de tiempo. Además cuenta con un cuadro de bibliotecarios mucho más nutrido. Esto coloca a sus profesionales en ventaja con respecto a los nuestros. Con referencia a si hay un antes y un después del gobierno militar con respecto a la Bibliotecología, mi respuesta es **no**. Y ello por razones sencillas: nunca la Bibliotecología preocupó demasiado a nuestros gobiernos, en especial a los del siglo XX. El caso de Domingo Faustino Sarmiento y su pasión por las bibliotecas populares, y la trabazón entre aula y biblioteca, es un hecho del XIX. Las bibliotecas, así como los bibliotecarios, no sufrieron persecuciones notorias. Sólo los envolvió la indiferencia gubernamental, y si algunas o muchas progresaron lo fue principalmente por el interés de las entidades que las albergaban y la calidad de los profesionales que las dirigían.

Desde esta parte del océano, la producción bibliográfica de la América austral que, sobre Biblioteconomía o Bibliotecología, se ha percibido se puede resumir en tres personas: Domingo Buonocore, Carlos Víctor Penna y Josefa Emilia Sabor. ¿Quiénes fueron? ¿Qué influencia tuvieron?

Me dicen que en España sólo tres nombres argentinos de las viejas generaciones son conocidos: el de Domingo Buonocore (1899-1991), el de Carlos Víctor Penna (1911-1998) y el mío (1916). He sido una gran amiga de los dos primeros y los traté a lo largo de nuestras vidas. Su personalidad y la mía son muy distintas, y también nuestra formación.

Buonocore era el prototipo del abogado humanista, al que tanto debe la Argentina, ya que desempeñó un papel decisivo para afianzar el espíritu nacional (indispensable en un país de inmigración masiva), para asegurarle su actual forma de gobierno, para sortear las muchas dificultades por las que atravesó la relación miliciana política y, sobre todo, para fundar una cultura esencialmente universal, que se sumó a una raíz hispánica nunca olvidada y que explica el surgimiento en nuestro medio de figuras como Jorge Luis Borges o Victoria Ocampo. Buonocore ocupó cargos relevantes en la Universidad Nacional del Litoral (provincia de Santa Fe);

entre ellos, el de director de la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Ejerció su oficio de bibliotecario en su forma más digna, y dedicó parte de su tiempo a escribir un *Diccionario de Bibliotecología* y tratados de nuestra materia, que cortó no bien las nuevas técnicas irrumpieron en el país en 1940, sobre todo con el regreso de Penna, que volvía de Nueva York, donde había estudiado en la escuela de Bibliotecología de la Universidad de Columbia. Buonocore me confió, tiempo después, con su modestia habitual, que la idea de seguir evolucionando en el campo de la técnica superaba su interés, y que por eso interrumpía las ediciones de sus *Elementos de Bibliotecología*, y que en lo sucesivo se referiría exclusivamente a temas culturales e históricos, que por cierto le apasionaban; y así lo hizo. Por eso su influencia técnica fue diluyéndose a partir de la década del cincuenta. Penna¹, por su parte, poseía sólo formación bibliotecaria. Estaba en esa misma época lleno de planes e ideas, puestos al servicio de una capacidad de trabajo y de lucha verdaderamente notables. Funda entonces la Bibliotecología moderna en la Argentina y arrastra a los jóvenes bibliotecarios de entonces con tal interés por nuestra formación, que cuando parte definitivamente de la Argentina para ocupar un cargo en la UNESCO, ya esta constituido un grupo numeroso de bibliotecarios capaces que encontrará fuerzas para seguir adelante. Aquí se llama a ese grupo, al que pronto se unieron otros jóvenes, la "generación del 40" o "generación romántica" por la fuerza, el interés y la generosidad que puso al servicio de sus ideas. Esos profesionales generalmente "hicieron" Bibliotecología, pero escribieron poco, y por eso sus nombres no han llegado fácilmente al exterior, pero fueron muchos, estudiaron y trabajaron con ahínco, y sin ellos en el entorno ni Penna ni yo hubiéramos hecho lo que, bien o mal, hicimos.

Yo, por mi parte, como Buonocore, procedo de la Universidad. Soy graduada en Historia, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Sólo años más tarde reingresaría a mi vieja Facultad para graduarme de Bibliotecaria. Mis cinco años de historia en la Universidad aclaran algunas de las preguntas de Uds.: mi conocimiento de los métodos de investigación, mi deseo de escribir un libro

¡por lo menos! de historia y mi inclinación por la enseñanza, pues la carrera de Historia siempre ha incluido en mi universidad una formación docente teórica y práctica para facilitar una salida laboral.

Sorprende contemplar que, dentro de su bibliografía, se encuentran obras que contemplan ámbitos bien diferenciados como pueden ser el Manual de Bibliotecología (1984), Métodos de enseñanza de la bibliotecología (1968) - trabajo auspiciado por la UNESCO, y traducido al inglés y francés- o el Manual de Fuentes de la Información (1979). Y digo que proporciona sorpresa por el hecho de retomar temas que necesitan de tratamientos diferenciados, aunque todos los citados tienen una ligazón común: la labor docente.

La labor educativa es indispensable en nuestro mundo profesional, por que en principio se intenta transmitir método. No obstante, hay dos situaciones bien diferenciadas de formación: la de dar clases en presencia de los alumnos y la de elaborar manuales para gente que seguramente nunca conocerá, pero que buscan sus trabajos con el fin de formarse. ¿En cual de las situaciones se ha encontrado más cómoda? ¿O es que la una conlleva a la otra? ¿El hecho de dar clases "obliga" a redactar materiales? ¿O es que la docencia enseña a elaborar un discurso claro y sencillo?

Debo confesarles que lo que más me ha gustado de la profesión es su ejercicio, es decir, dirigir una biblioteca. Recuerden lo que he dicho anteriormente: que el número de profesionales no ha sido nunca aquí muy grande. Por lo tanto, si uno era conocido en una rama de la actividad, pronto se le proponía que colaborase en una revista o dictara clases. Yo soy una organizadora nata, y por eso me gustaba la dirección y el manejo de personal. Pero no me duró siempre. Comencé en 1943 organizando la pequeña biblioteca del Instituto Bibliotecológico (hoy SISBI) de la UBA; pasé rápidamente de allí a dirigir la del Museo Argentino de Ciencias Naturales, un repositorio espléndido que viene del siglo XIX; y finalmente cerré mi carrera de directora en la también grande y antigua Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En total, diecisiete años con interrupciones; la más importante 1952-1955, cesante por razones

políticas.

Pero mientras ejercía los cargos, otras actividades paralelas exigían mi esfuerzo; en especial, la enseñanza de la bibliografía y la referencia, que ejercí casi toda mi vida (1947-1980) en distintos lugares, pero sobre todo en la carrera de Bibliotecario (hoy departamento de Bibliotecología y Documentación) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, de la que varias veces fui directora. Además, dicté un gran número de cursos, cursillos, ciclos de actualización, talleres, conferencias, etc., en la Argentina y América Latina, contratada a menudo por OEA y UNESCO; actividad en la que persistí por algún tiempo después de jubilarme en la Universidad. Paralelamente escribía mis libros y publicaba artículos. Aún hoy escribo a veces, pero poco. Prefiero leer y actualizarme.

Con respecto a mis libros les diré lo siguiente: aunque la docencia no era lo que más me atraía, siempre fui una buena expositora (ayudada sin duda por mi origen español). He producido muchos materiales para las clases, que han quedado por ahí, perdidos, ya que raramente los usé para mis publicaciones. Pero hay una excepción en la génesis de los dos Manuales.

Les hablaré primero del de Fuentes de Información. Cuando Penna me pidió que me hiciera cargo de la recién creada cátedra de Referencia de la Escuela de Bibliotecarios del Museo Social Argentino (hoy Universidad privada) en la que él se había recibido y que estaba organizando, en 1946, nunca se había dictado esa asignatura en la Argentina. Me regaló las obras tradicionales norteamericanas de referencia de entonces, y me dio un año para prepararla. Yo sabía muy poco de eso, fuera del manejo de los repertorios básicos para la historia. Mis temores eran grandes, pero lo hice, y para mayor seguridad escribí a máquina la totalidad de las clases (un año). Las cosas anduvieron bien. Seguí en la misma rama, hasta que en 1951, por razones ideológicas, debí abandonar la enseñanza y el ejercicio de la profesión en la Argentina. Se me planteó un problema moral: ¿cómo podrían los colegas que me sucedieron en la cátedra reunir la suma de material que yo ya tenía? Y decidí escribir el *Manual de referencia*, cuya base fueron las clases escritas para el Museo Social. Actualicé, pedí, corté, y en 1957 la Editorial

Kapelusz aceptó publicarlo en una serie que dirigía Penna, pero rechazó el título. La palabra referencia no decía nada a nadie. Se pidió una opinión a la Academia Argentina de Letras, que lógicamente apoyó el criterio de la editorial, aduciendo, entre otras razones, que la Real Academia Española no aceptaba ese significado.

Me resistí cuanto pude, pero tuve que ceder. La propia Academia propuso el nuevo título: *Manual de Fuentes de Información*, del cual llegó a hacerse dos ediciones, a la que se sumó la tercera de Marymar (1957, 1967, 1979). No imaginé en los primeros tiempos cuánto más moderno era el nuevo título. Considero que la obra está cerrada, y por lógica actualizada por repertorios posteriores. No sé si la opinión de Uds. sobre esta obra es totalmente cierta². No lo puedo decidir yo. Pero se lo agradezco muy sinceramente. Este Manual está, pues, estrechamente vinculado a la enseñanza. Sus capítulos históricos son la mejor prueba de ello. Siempre exigía a los alumnos saber el origen de las cosas y ubicarse en el tiempo y el espacio con la mayor exactitud posible.

En cuanto al *Manual de Bibliotecología*, dirigido por Penna en su primera edición y sucesivas reimpresiones mejoradas (1951), así como también en su segunda (1958), tuvo una edición definitiva en México, D.F., por Kapelusz mexicana. Dirigida por mí, es una actualización total de la obra, con nuevos autores, profesores también de la especialidad. Es también una obra de interés docente, para alumnos de Introducción a la Bibliotecología. En cuanto a los *Métodos de enseñanza de la Bibliotecología*, libro hoy superado, fue escrito por un pedido especial de la UNESCO que no pude rechazar. No me dejó satisfecha, y el pedir yo misma el apoyo de un pedagogo argentino tan prestigioso como Ricardo Nasif, revela el respeto que una profesora más intuitiva que otra cosa sentía por las ciencias de la educación³.

Creo que más me gustó escribir que enseñar; pero en realidad, como Uds. Dicen, "una actividad conlleva a la otra", y es la pura verdad que la docencia, practicada con respeto, "obliga y enseña a elaborar un discurso claro y sencillo".

En 1995 publica Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina : ensayo bibliográfico. A diferencia de los estudios mencionados, y otros muchos que aquí no citaremos, en esta obra confluye un nuevo factor : la perspectiva de la investigación histórica. Aquí usted realiza una simbiosis de sus conocimientos bibliográficos y de su formación historiográfica para rescatar una figura clave dentro de la historia cultural de su país.

Una cosa que nos sorprende a los valencianos es el paralelismo que se puede encontrar entre Pedro de Angelis y nuestros Salvà -Vicente y Pedro-. Todos ellos sufren el exilio, logran crear una biblioteca privada de suma importancia, de la cual elaboran y publican su catálogo, para luego acabar las colecciones en países extraños. Además, tanto a Pedro de Angelis como a Vicente Salvà se les ha de considerar como polígrafos prestigiosos del XIX. Sabemos cómo se encuentra la bibliografía referente a los Salvà - es parca, muy parca -, y además muy dispersa. Sobre Pedro de Angelis, ya habían trabajos publicados, pero parece que ninguno que tratara su faceta de bibliógrafo ¿Tuvo que empezar de cero? ¿Cómo se planteó la investigación? ¿Que consideración le merece que la biblioteca acabara en Brasil?

Me pregunta Uds. cómo y por qué escribí, al final de mi vida, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*. En realidad fue algo así como concretar mis sueños de historiadora, es decir, volver al camino que yo elegí racionalmente, y que las circunstancias de la vida, que me llevaron a trabajar a los veintinueve años en una biblioteca para ayudarme en mis estudios, me obligaron a cambiar. Cuando más adelante, ya profesora, dictaba mis clases de bibliografía argentina, me atrajo el personaje, por la época en que actuó (la dictadura de Juan Manuel de Rosas), su condición dramática de exiliado sin esperanzas de retorno a su Nápoles natal, la renuncia que hizo de sus ideales carbonarios para sobrevivir, su papel en la cultura del Plata. Empecé a reunir materiales sobre él. Algo había, inclusive más de un libro sobre los avatares de su vida y numerosos artículos, y una bibliografía de sus propias obras, incompleta, de breves citas descriptivas, pero usable.

Durante casi dos décadas reuní materiales y no desperdiqué mis visitas a las bibliotecas europeas

y norteamericanas. Cuando me jubilé a los sesenta y dos años, me senté a escribir. La parte más original del libro es la segunda, "Obras de Pedro de Angelis", donde reuní cuantos datos hallé o extraje en las mismas, localizándolas en bibliotecas argentinas y extranjeras. Salvo la escueta bibliografía a la que aludí más arriba, partí de cero. Apliqué cuanto sabía de metodología bibliográfica y tuve en muchos casos que formular mis propias normas.

En cuanto a la vida de Angelis, encontré mayor auxilio, pero me sumergí en el Archivo general de la Nación y otros repositorios, rectifiqué errores, analicé opiniones, añadí nuevos datos. Trabajé mucho y llegué a querer a un personaje poco querible. Me interesó poder dar una idea de cómo debió vivir y sentirse un intelectual europeo prácticamente sitiado en una dictadura latinoamericana del siglo XIX. Ojalá lo haya logrado.

En cuanto a qué consideración me merece que la biblioteca particular de Angelis haya terminado en el Brasil, adquirida por el emperador Pedro II, lo lamento mucho. Pero a pesar de las falencias que no favorecen su uso, por ejemplo la falta de catálogos modernos, es accesible a cualquier investigador y los argentinos hacen esfuerzos para crear instrumentos que permitan una más fácil consulta, pues la usan constantemente. Por otra parte, pienso que es mejor que este allí, en Río de Janeiro, cuidada, y no que se hubiese dispersado. El fracaso de las trabajosas gestiones del presidente Justo José de Urquiza para retenerla en bloque en la Argentina, no le aseguraban un final feliz. Eso sí, el por qué de ese fracaso merece meditar para obtener alguna sabia lección también aplicable a nuestro tiempo sobre la desaprensión con que un país puede perder, sin inmutarse, un tesoro cultural.

Uds. trazan un paralelo entre la vida de Angelis y la de Vicente Salvá. Es curioso: conozco bien la bibliografía sobre Salvá pero nunca se me ocurrió que los dos personajes pudieran compararse. Quizás por sus idiosincrasias, que creo muy distintas, y porque imagino que debió ser muy diferente dejar un país europeo por otros también europeos, que trasplantarse de París al Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX. El tema es interesante y merecería profundizarse.

Para finalizar, quisiera que nos hablase de otras facetas bien diferenciada de su vida profesional: Por un lado, usted trabajó en relación con la UNESCO y la OEA. ¿Es cierto que el papel de la UNESCO en América Latina en el campo de las bibliotecas fue tan importante? Por otra parte, usted estuvo al frente del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas en la década de los 70. Puede relatarnos cómo fue su labor. Una cosa es enseñar como deben ser las cosas, y otra tomar las riendas de una institución ¿Le resultó gratificante? ¿Pudo llevar a cabo los proyectos que deseaba? ¿Podría hacer un balance?

En cuanto al primero, ese papel fue -por lo menos para América Latina- importante, sobre todo por la gran actividad que Penna desarrolló en el cargo que allí desempeñaba. Lo que no siempre acompañó su esfuerzo fue la contraparte a que se comprometía cada país, en edificios, personal, mobiliario, presupuesto, etc.

Eso determinó que a menudo los proyectos no progresaran o también cesaran por culpa de los beneficiarios. Y esto se agravó cuando Penna se retiró y aumentó la inestabilidad de muchos gobiernos americanos. Pero cuando el país cumplía, UNESCO también triunfaba. Le doy un ejemplo: cuando UNESCO (vía Penna) y la UBA deciden fundar un Centro de Investigaciones Bibliotecológicas -primero en América Latina- se establece la contrapartida de la Argentina. La UNESCO por su parte ofrece asesoría y una limitada suma de dinero para adquirir publicaciones, contratar investigadores y pagar las primeras publicaciones del Centro. La UBA cumplió ampliamente y yo fui nombrada directora organizadora (1967-1973). Obtuvimos todo lo prometido, y el centro (hoy Instituto) lleva treinta y dos años de vida, tiene nuevo local, biblioteca especializada, numerosas publicaciones, y en él trabaja un grupo de investigadores.

La tarea que me correspondió a mí fue establecer el centro, redactar decretos y resoluciones, hacer su presupuesto, tratar de atraer a los colegas a la investigación, iniciar la biblioteca, dirigir las primeras publicaciones. Así, la investigación bibliotecológica no solo se afianzó y modernizó en la Argentina, sino que los centros de ese tipo se multiplicaron en todo el continente. Mi balance es, pues, positivo⁴.

Quiero finalizar estas líneas con una última consideración: el grupo de bibliotecarios argentinos que permitió el gran cambio en la bibliotecología argentina en la segunda mitad del siglo XX es muy grande. Es injusto recordar sólo tres nombres de entre ellos, pues no pocos fueron profesionales eminentes y sacrificados. La culpa de esta postergación, de este olvido, es de los argentinos, que escriben poco sobre la realidad bibliotecaria nacional, y aun menos sobre su pasado. Confío en que los que hoy avanzan con fuerza en nuestro campo escriban con más asiduidad sobre quienes los precedieron y hagan justicia a los que nos han formado, y honren su tarea.

Buenos Aires, agosto de 1999

NOTAS

(1) La entrevistada acaba de publicar en un número de homenaje a Penna el siguiente artículo: "Carlos Víctor Penna". *Infodiversidad* (1999) p. 51- 60. La lectura de este texto nos ha sorprendido gratamente, pues en él nombra a un paisano nuestro, a un valenciano, que trabajó con Penna en la UNESCO. Nos referimos a José Blat Gimeno, el cual ha recibido la más alta distinción de esta institución: la medalla Gandhi.

(2) En el cuestionario que se envió a Josefa E. Sabor constaba el siguiente párrafo: "Muchas generaciones de estudiantes de la península han aprendido la asignatura de Bibliografía a partir de su *Manual de Fuentes de la Información* (he intentado hacer un recuento y me salen tres ediciones -1957, 1967, 1979-). Esta obra tenía, y conserva, tres cualidades básicas: 1) Estar escrito en español; 2) El lenguaje es sencillo, y logra desentrañar las complicaciones para explicarlas como si fuera lo más simple del mundo; 3) El libro no es una mera relación de datos, pues de su lectura se adquiere algo difícil de explicar: el método bibliográfico". Nos reiteramos en la opinión.

(3) En relación a la vigencia o no de unos textos, cabría preguntarse muchas cosas. Es evidente que el *Manual de Fuentes de Información* no ha seguido actualizándose, y ésto supone un problema irresoluble. Sin embargo, las introducciones históricas sobre los diferentes tipos de obras de consulta siguen teniendo mucha validez. A modo de curiosidad, debo comentar que, en la primera transcripción de la entrevista, se cambió el título de *Manual de Fuentes de Información* por el de *Manual de Fuentes de Inspiración*. ¿Verdad que es sugerente?

En relación a el *Métodos de enseñanza de la Bibliotecología*, se deberían hacer varias puntualizaciones. Evidentemente, han cambiado muchas cosas, y la tecnología, como medio, se ha impuesto en la enseñanza como piedra angular. ¡En el *Manual* aún se habla de las filminas! Pero hay dos consideraciones que no quisiéramos dejar de hacer: En primer lugar, cuando Josefa E. Sabor habla de la "funesta costumbre de imprimir los apuntes del profesor", nos damos cuenta que el tema viene de lejos, y que hoy en día son los mismos alumnos quienes lo exigen, y lo que es peor, los profesores consideran "normal" dejar los apuntes en la fotocopidora-y que conste que nos circunscribimos a las titulaciones que se imparten en el País Valenciano-. En segundo lugar, y también nos centramos en las titulaciones que aquí se ofertan, hay que considerar el bagaje cultural del mismo personal docente. La polémica que Josefa Sabor resuelve con brillantez acerca de si la Biblioteconomía y la Documentación, como disciplinas, deben ir juntas o separadas, parece que en estas tierras aún no se ha resuelto. Es más, si preguntásemos entre el profesorado quienes fueron los Salvà, nos encontraríamos con más de una sorpresa.

(4) *Nota de Josefa E. Sabor*: Mayores datos sobre el CIB, su desarrollo, sus sucesivos directores, sus proyectos y publicaciones, pueden hallarse en: "El Centro de Investigaciones Bibliotecológicas, su origen y trayectoria" en *La investigación, las bibliotecas y el libro en cien años de vida de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*. Dirigida por Stella Maris Fernández, Buenos Aires, 1996. Cuarta parte, P. (529)-595.

